

## Cristal

Mi abuelo solía contármelo. El día que nació Marquitos, la niebla, espesa y fría, se adueñó del pueblo. Quizás fue esa la razón de que la frente de Marquitos se ensanchara demasiado y de que su mente caminara más despacio. El frío.

Cuando le vio bostezar, su padre tuvo la certeza de que allí estaba el castigo a su predilección por el whiskey solo con hielo. Volvió a creer en un dios vengativo y maquiavélico que se reía de él, condenándole a llevar una cruz torcida y pesada. A cuidar de *aquello*. No tardó ni una semana en desaparecer del pueblo.

Su madre ascendió muy pronto a santa. Pero ella nunca se aprovechó de su fama y, desde el momento en el que oyó el lánguido sollozo del bebé, lo quiso verdaderamente. Antes de caer dormida, exhausta, segundos después de terminar de parir, ya había decidido que le dedicaría la vida a su hijo.

El cristal de la mirada de Marquitos nunca terminó de romperse del todo, pero tampoco brilló como el del resto de niños de su edad. Gritaba demasiado y nadie se atrevía a columpiarse con él. Babeaba en exceso cuando se emocionaba y las niñas no le entendían cuando les ofrecía una margarita, entre risotadas, sonrojos y movimientos arrítmicos de sus brazos. No tardó mucho en quedarse atrás y en empezar a mirar a sus compañeros desde abajo. En su interior, Marquitos apenas se hacía preguntas verdaderamente importantes. Pero le gustaba vestir bien, llevar los zapatos atados. Y el último botón de su camisa siempre estaba abrochado.

Su despertar al mundo fue doloroso y complicado. Miraba y perseguía a las parejas, arrastrado por una curiosidad que lo condenaba al escarnio público. No dejaba de pensar en lo fácil que podría ser todo si la mirada que le devolvía el espejo estuviera un poco más abierta. Si ese ojo no fuera tan blanco. Si esa boca no estuviera tan entreabierta. Siempre peinado, siempre bien vestido, el interior de Marquitos gritaba de dolor ante unas diferencias físicas que él nunca había escogido. Cuando sus manos, rocosas y áridas, acariciaban sus ojos llorosos, solo era capaz de percibir unos dedos gruesos, incapaces de acariciar con cuidado.

La escuela empezó a ir demasiado deprisa para él. Cuando su madre se dio cuenta de que los conocimientos se le embutían en la mente y le provocaban jaqueca, lloró toda la noche. No obstante, no le duraría mucho. Su madre no era una mujer

derrotista, y movió cielo y tierra para que Marquitos tuviera su oportunidad. Aquello le fastidió al principio. Negaba rotundamente y repetía incesantemente: “Mírame”. Y su madre lo miraba y asentía, con una decisión mucho más marcada en el rostro. “Ya lo hago, hijo. Ya lo hago. Pero tienes que mirarte tú”.

Al principio, colaboraba con amigos de la familia en el comercio de turno. Repartía pedidos o ayudaba a los niños a probarse los zapatos. Con el tiempo, fue logrando empleos complementarios, porque se ganó una cierta fama: era impecable, trataba a la gente con cariño y respeto, nunca alzaba la voz. Además, Marquitos vestía muy bien, con el último botón de la camisa siempre abrochado.

Se convirtió en la alegría de la plaza. Cuando el reloj de la iglesia tocaba las dos, Marquitos recorría cada comercio, cada establecimiento, con un recordatorio básico en los labios: “¡A comer!”. Y la gente sonreía y paraba sus quehaceres, porque Marquitos tenía razón. Había que comer. Y disfrutar de las pequeñas cosas, las cosas básicas.

Se hizo mayor antes de tiempo, cuando aún era un niño pequeño por dentro. Llegó un momento en el que dejó de perseguir a las parejas y no regaló más margaritas a las chicas. Hay quien dice que hubo una temporada en que se le vio llevar pajarita sobre la camisa mientras acudía a la floristería a recoger el ramo encargado. Cada lunes. Pero no duró mucho. No salió bien. Y Marquitos volvió la mirada blanquecina hacia los niños pequeños, pues le gustaba verlos correr por la calle y les hacía muecas para oírlos reír. Al principio, aún los veía. Después, se convirtieron en sombras, como todo lo demás. El mundo se desmoronaba sin ningún tipo de aviso y su mente no lo lograba comprender. Había tantas cosas que su mente no había logrado comprender...

Mi abuelo solía contármelo. El día que murió Marquitos, la niebla se adueñó del pueblo. Quizás fue aquello lo que nos lo quitó, igual que nos lo había dado. El frío. Pero, sorprendentemente, la gente salió aquel día y caminó unida para despedirlo. Y cuando el reloj de la iglesia de la plaza dio las dos, la gente detuvo sus quehaceres, aunque nadie les vino a avisar de nada. Pero había que parar. Había que comer. Y disfrutar de las pequeñas cosas, las cosas básicas.

Aquel fue su regalo. Su última enseñanza, antes de dejarnos. Y cuando se fue, lo hizo con solemnidad. Con elegancia. Con el último botón de su camisa abrochado.